AÑO XV 27 DE ABRIL DE 1895 NUM. 636

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Emilia Pardo Bazán.)

—Estoy por hacer un cuentecito basado en la borrachera de Noé. Pero ¿y si luego sale *El Siglo Futuro* diciendo que eso es faltar al respeto al patriarca, ó se arranca un maestro de primeras letras asegurando, bajo palabra de honor, que las uvas no se descubrieron hasta el siglo IX, en un pueblo de Andalucía que por eso se llamó Ubeda *(Uvas da*, de los romanos)?

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¿Te acuerdas?, por Eduardo Bustillo.—El odio viejo, por José Zahonero.—Progresos de la industria, por Juan Pérez Zúñiga.—Menudencias, por Federico Canalejas.—Cosas, por Joaquín Dicenta.—Á lo que estamos, por Manuel Soriano.—La cocina literaria, por Ezequiel García Enseñat.—Al distinguido escritor don Calixto Navarro, por Sixto Celorrio.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Emilia Pardo Bazán.—El odio viejo (cuatro viñetas).—La fiesta del trabajo (cuatro viñetas).—Monólogo dramático, por Cilla.

DE TODO UN POCO

Estamos en pleno período electoral; es decir, estamos expuestos á que nos molesten los candidatos para pedirnos el voto, como me sucedió anteanoche en el Teatro Romea. Había ido á ver á Loreto Prado, que es por cierto una actriz notable, y se me acercó un sujeto alto, con una venda atada al rostro y un olor á ácido fénico que aturdía.

—¿Usted no me conoce?—me dijo.

—No, señor—le contesté.

—Pues yo soy autor de una piececita que me van á hacer; sólo que caí enfermo con un quiste sebáceo y estuve sin venir muchos días. Me he levantado de la cama por lo de la pieza, y porque, además, tengo que trabajar mi candidatura. ¿Tiene usted voto?

—Hombre, creo que sí, porque no voy á ser menos que Bernabé, el cerillero de la Cervecería.

—Pues cuento con su voto.

Es verdaderamente admirable lo que pasa aquí. Todo el mundo se cree con títulos para ser concejal.

Está uno tratando años enteros á una persona sin descubrir en ella el menor síntoma de entendimiento, y un día nos dicen en el café:

—¿Sabes quién se presenta concejal?

—¿El Buñolero?

—No: uno que venía aquí algunas tardes con un perro, y se quitaba el café de la boca para dárselo al animal.

—Ya sé quién dices: Gollete.

—El mismo.

—¡Qué barbaridad! Pero ¿cuenta con el apoyo de alguien?

—Sí; creo que le protegen los fusionistas, porque dicen que les ayudó á sofocar el motín del 19 de Setiembre, arrojando tejas sobre los sublevados desde una buhardilla de la calle del Pez.

—¡Me dejas aturdido! ¡Un hombre con sombrero hongo, que parecía el molde de un flan!..

Y cátate á Gollete convertido en edil por obra y gracia de los fusionistas.

Un día va usted á la sesión del municipio, y allí está nuestro hombre perorando, con un gabán color de flor de romero y una sortija en el meñique de la mano derecha, para lucirla mejor.

—¡Calle! Aquél es Gollete—dice usted para sí.—¡Cómo ha mejorado ese hombre!

El aludido pronuncia un discurso vehemente, con objeto de labrarse una reputación y un porvenir para su familia.

Lo de menos es el discurso, y nadie para la atención en lo que dice; pero él habla, habla, agitando los brazos y limpiándose el sudor con un pañuelo, para que vea el país que tiene jugo parlamentario y que todo lo que le brota de la frente es elocuencia líquida.

Al día siguiente, los periódicos de la comunión califican á Gollete de «orador fluído», «polemista de primera clase», etc., y él va y compra 50 números, y los remite á su pueblo, á fin de que el boticario, el albéitar y demás personas cultas de la localidad digan con admiración profunda:

—¡Cuidado si ha salido listo el tal Nemesio!

—Ya, desde chiquitín, revelaba una grandísima disposición para los asuntos municipales. Acuérdate de cuando se llevó la capa del secretario para venderla.

—¡Y pensar que si no se hubiera ido á Madrid estaría á estas horas de escribiente en casa del registrador, ó quizás vendiendo alpargatas al lado de su tía la tendera!...

* * *

No dejará de haber entre los candidatos de ahora algún Gollete audaz que resulte individuo nato del ayuntamiento y llegue á teniente alcalde, y hasta á diputado á Cortes.

Al seno bienhechor de los partidos políticos acuden una porción de jóvenes, con ánimo de nutrirse y desarrollarse. Llegan de provincias, con su levita negra, ribeteada de trencilla, su pantalón gris, su corbata de puntas y su sombrero de copa anticuado, pero lustroso, á fuerza de pasarle la toalla. A los pocos días comienzan á agitarse, visitando á todo el mundo, introduciéndose de matute en el salón de conferencias y saludando, con cierta humildad estudiada, á los personajes de primera fila.

Hoy entran á formar parte de la redacción de un periódico; mañana organizan un banquete en honor de un político gordo; al otro día promueven una discusión acalorada en un café para que la multitud fije en ellos sus ojos, y á la vuelta de unos cuantos meses resultan diputados á Cortes, con ayuda del Gobierno y de la guardia civil.

Y de la noche á la mañana aparecen nombrados directores generales de un ramo cualquiera ó gobernadores civiles de una provincia.

—¡Que sea enhorabuena!—dice usted á uno de estos personajes improvisados.

—¡Pchs!—contesta él.—El Gobierno no ha hecho más que pagar mis sacrificios.

Llega á la provincia de su mando con su fajín y su bastón, y á las dos semanas se le sublevan los dependientes de consumos y después los limpiabotas y más tarde las lavanderas, hasta que el ministro comprende que aquel gobernador es una calamidad, y le hace venir á Madrid para preguntarle con malos modos:

—Pero ¿qué ha hecho usted en esa provincia?

—Nada, que me han cogido tirria, y por hacerme rabiar, se insurreccionan todos.

- ¿Y usted qué ha hecho?

- ¿Yo? Ponerme muy triste.

El día que á los políticos se les someta á un previo examen, se evitarán muchos disgustos; pero, hoy por hoy, para políticos sirven todos, y de aquí la serie de calamidades que pesan sobre nuestra desgraciada nación.

Luis Taboada.

*

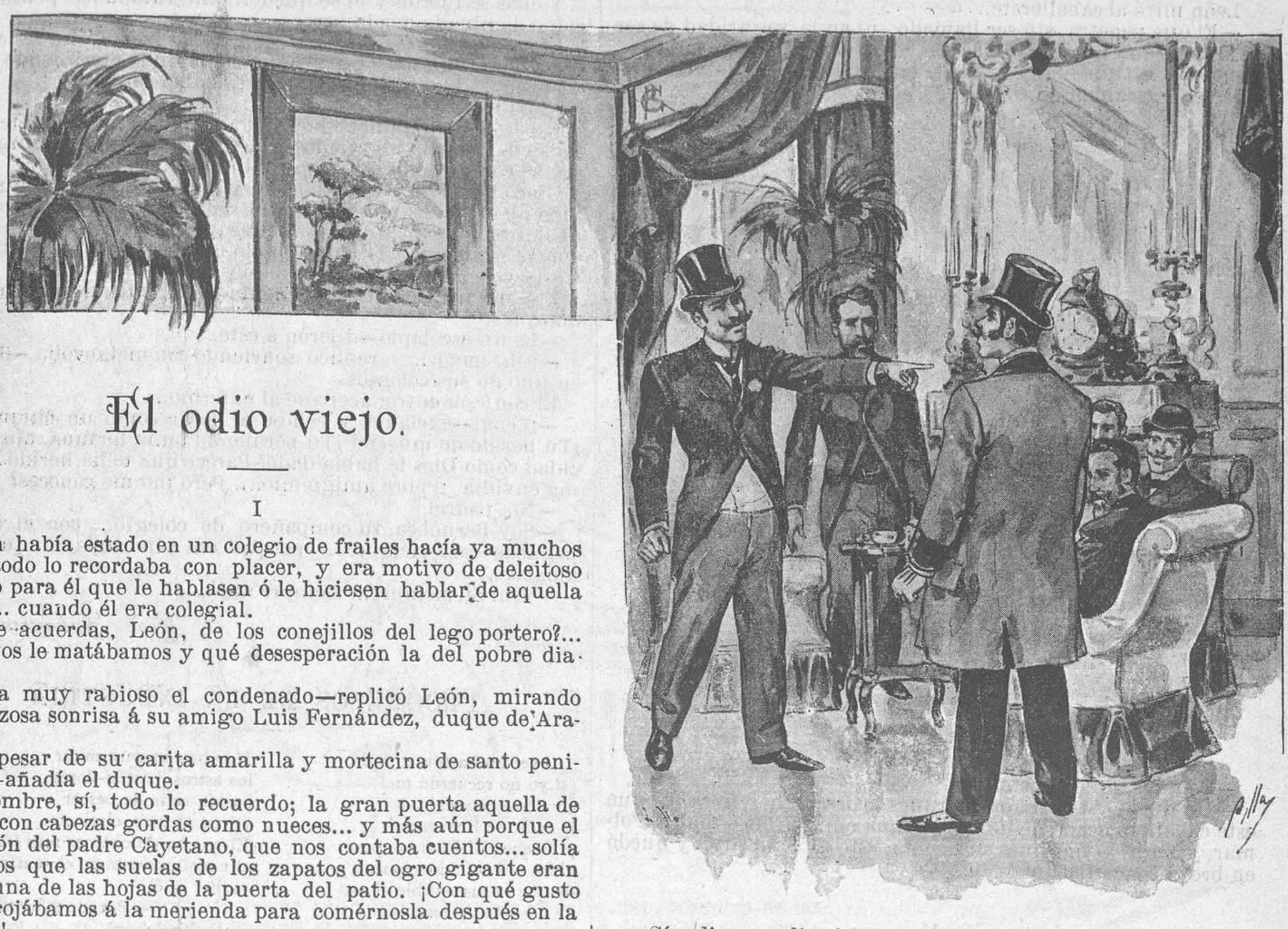
¿TE ACUERDAS?

(APÓLOGO)

Recuerdo de la niñez,
este apólogo te escribo
que parecerá tal vez
como desengaño vivo
de anticipada vejez.
Profunda melancolía
el triste recuerdo encierra
del rosal de Alejandría
que tú plantaste aquel día
en un puñado de tierra.
Allí tu rosal prendió;
y, cuando más arraigó,
soñando auroras felices,
vida y perfume pidió
al jugo de sus raíces.
Con la fecunda oleada,
brotó del aura al arrullo,
tras verde manto asomada,
la carita sonrosada
de algún naciente capullo.
Vió el sol con triste fortuna;
porque, sobre el tallo tierno,
fué ya, en la menguante luna,
niño que muere en su cuna
falto del jugo materno.
Presa de angustia mortal,
al ver muerto tu rosal,
«¿qué es, pensabas, lo que ha herido
á este emblema bendecido
de la belleza ideal?...»
Del ebrio con la alegría,
escarnio de tu dolor,
el primer brote surgía
de una parra que nacía
en la tumba de tu flor.
Germen de una vida extraña
roba el fecundante jugo
del rosal á la honda entraña;
muere la flor y el sol baña
la frente de su verdugo.
Y quede este drama escrito,
y el mundo en el fondo vea
que también, por su delito,
vive el grosero apetito
matando la hermosa idea.
Y que también el menguado
sol de su torpe justicia,
deja al mártir olvidado
y al verdugo coronado
con su fecunda caricia.

Eduardo Bustillo.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012



El odio viejo.

I

León había estado en un colegio de frailes hacía ya muchos años; todo lo recordaba con placer, y era motivo de deleitoso tiempo para él que le hablasen ó le hiciesen hablar de aquella época... cuando él era colegial.

—¿Te acuerdas, León, de los conejillos del lego portero?... ¡Cuántos le matábamos y qué desesperación la del pobre diablo!...

—Era muy rabioso el condenado—replicó León, mirando con gozosa sonrisa á su amigo Luis Fernández, duque de Araceli.

—A pesar de su carita amarilla y mortecina de santo penitente—añadía el duque.

—Hombre, sí, todo lo recuerdo; la gran puerta aquella de clavos con cabezas gordas como nueces... y más aún porque el pobretón del padre Cayetano, que nos contaba cuentos... solía decirnos que las suelas de los zapatos del ogro gigante eran como una de las hojas de la puerta del patio. ¡Con qué gusto nos arrojábamos á la merienda para comérnosla después en la huerta!

—¿Y del mulo tuerto de la noria, sobre el cual nos montábamos? ¿Y del padre Luciano, tan quisquilloso, tan fisgón, tan entrometido?—decía el duque.—De todo me acuerdo, todo lo veo como si lo tuviese ante los ojos; los largos claustros, el refectorio, la capilla, las caras de los frailes, te veo á ti y á todos mis compañeros... Mira tú si entonces sufriríamos, luchas, injusticias, privaciones, y, sin embargo, ahora todo, todo se nos aparece tan risueño...

—Todo no—exclamó León.

—¿No? ¿No has podido olvidar los castigos, ayunos, encierros, sermones, penitencias de estudiar ó escribir de un tirón mil, mil *liniecitas*, como decía el padre Tomás?

—¡Ah! De eso hago memoria con verdadero gozo; pero vive en mí un odio, un odio añejo, reforzado como los vinos, según que el tiempo pasa, y yo no le gasto...—exclamó León con acento de sañudo encono.

El duque y todos los amigos que se hallaban en aquel corrillo, ó peña del club, miraron con profunda extrañeza al joven. Sin duda aquel odio debía de ser muy profundo cuando se manifestaba, no en rescoldo, sino flameando como fuego recientemente prendido.

—¿Odiar tú... León Manso?—dijo un joven.

—Sí, odiar, y odio ciego... que vive aún en mis entrañas.

—¡Hombre, hombre, pareces el furioso de un drama!

—No te creo, Leoncete—exclamó Labisbal.

—Iba á preguntarte una tontería... exclamó el duque; porque claro es que amor y odio son cosas tan íntimas que deben guardarse en la arquita de los secretos... Pero me extraña tanto ese odio, que estoy buscando en la memoria á qué puede referirse tu odio.

Si es verdadero... que lo ocul e—añadió gravemente un caballero.

No tengo por qué ocultarlo—replicó León.

—Pero, hombre, ¿odiar tú? ¿Y de tan lejos? Rico, distinguido... casado con una mujer joven, linda, virtuosa, admirablemente educada, ¿eres feliz y odias?—exclamó con afectado acento de sermón Labisbal.

—Todo eso lo decís para que os lo cuente—contestó León.

—No, déjalo para otro momento... Son crónicas de la infancia, cosas viejas—exclamó el duque, el cual había advertido que se acercaba al corrillo Polmar, un caballerete necio, que por el tiempo durante el cual León había hecho la corte á Luisa, la que entonces era su esposa, había galanteado á ésta, y no habiendo logrado ser preferido, mostraba desde entonces gran aborrecimiento, disimulado, sin duda, pero latente, á León, aunque éste, ignorante de todo, no lo hubiera echado de ver. Salgamos á dar un paseo.

—No, señor, que nos dé cuenta de su odio—gritó uno.

—Pues bien, trátase de Bernobea, un muchacho taimado, envidioso, con el cual anduve en más de una ocasión á puñetazos... ¡Ah, y al que nunca atiné con fortuna!... Le hubiera roto la cabeza. Astuto y timorato, ganóme por adulaciones á los maestros en una oposición al premio. No me le encontraba una vez que no me produjese profunda aversión; y, por fin, halléle en Roma, ¡y en qué ocasión! Cuando yo acababa de hacer una conquista. Había yo conocido en Roma á una española preciosa, la galanteé... é iba á ser afortunado, sin duda muy afortunado... cuando aparece en el mismo hotel en que ella vivía Bernobea... ¡La conocía, figuraos mi asombro, la trataba con verdadera intimidad!... Apenas había esto producido en mí la extrañeza que era natural... cuando quiero ver y hablar á mi bella y pedirle explicación de aquello. Voy al hotel, pregunto por la muchacha, y el camarero me entrega una carta en la cual Bernobea, el mísero Bernobea... se despedía de mí en nombre de su hermana, casada, y á la que iba á acompañar á Venecia, donde su marido la estaba esperando... ¡Oh, hubiera matado al tal Bernobea!... ¡Si no es por él!...

—¿La conquista era segura, eh?—exclamó, con regocijo, el joven vizconde del Val.

—Segura.

—A no ser que el señor marqués León Manso no se divierta y nos divierta con sus caprichosas mentiras—exclamó en esto, con voz agria, procaz é irónica, Polmar.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012

León miró al caballerete.

—El que penetra, sin ser llamado, ni en la seguridad de ser admitido, en una conversación confidencial, no es, para mí, menos artero que el que se cuela en casa ajena á traición—replicó enérgicamente León.

—Señores, ¿qué es esto?

—Un duelo, si el señor marqués lo desea; la señora de que este caballero acaba de hablar es una amiga mía—replicó Polmar, y largó al marqués su tarjeta; éste dióle la suya y quedó en breve concertado el duelo.

II

—¡Maldecida lengua! ¿Será posible que uno no comprenda cuán imprudente es exponerse á cada momento á recibir una dura lección?... Mi odio á Bernobea... ¿es real? ¡Oh, qué necio soy!—pensaba el marqués.

Tenía ante sí á Luisa, bellísima, elegante, llena de alegría, á sus dos hijas, dos preciosas chiquillas rubias hermosas como dos capullitos de aquel gentil tallo de juventud y de amor... su mujer, tan feliz, tan gozosa en aquel momento...

—Vamos casa de mamá; el carruaje irá á por ti al Casino ó adonde digas, y luego, á última hora, puedes ir por nosotras... Mi madre se alegra tanto cuando te ve...

—No salgo esta noche—exclamó León con el tono de la más segura indiferencia.—¡Oh! tengo una montaña de cartas que contestar...

Luisa se dejó besar dulcemente en la mejilla; León fijó durante un tiempo más prolongado aún que de costumbre los labios en aquella suavidad y aquella frescura; con no gran dominio de sí mismo besó á sus hijas.

Y ellas se fueron y él se quedó... allí, fumando, pensativo y como dominado por la pereza.

La mañana, fría; ya muy cerca de las seis Luisa se levantó llena de inquietud; León seguía sin duda escribiendo en su despacho... Fué á él; no estaba allí, había salido.

¡Cosa más extraña!

Esperó en el gabinete hojeando un libro hasta las siete... A las siete y media los criados penetran con algunos amigos del señor, conduciendo á éste mortalmente herido.

Cinco horas después el herido, ya por completo desahuciado, pide un confesor; no se ha encontrado al cura de la parroquia ni al director espiritual de la marquesa... y aparece un sacerdote desconocido, al cual se halló, por casualidad, en el oratorio del colegio de Padres Escolapios...

Era un hombre próximamente de la misma edad que el marqués.

—Es un escolapio—dijeron á éste.

—¡Oh, mejor!... replicó sonriendo con melancolía.—Estuve en uno de sus colegios.

El confesor entró; acercóse al enfermo...

—¡León!—exclamó, y echóse á llorar como un chiquillo.—¿Tú herido de muerte? ¿Tú perdiendo tanta fortuna, tanta felicidad como Dios te había dado? Parece que te ha herido la misma envidia. ¡Pobre amigo mío!... Pero ¿no me conoces?

—No, padre!

—Soy Bernobea, tu compañero de colegio... con el que te pegabas casi siempre... porque era sin duda al que más amabas...

—¡Oh! Sí, siempre... siempre amé...

José Zahonero.

*

PROGRESOS DE LA INDUSTRIA

Ayer un bastón compré
(si yo no recuerdo mal)
en cierto comercio de
la calle de Fuencarral,
y ya que allí Dios me puso,
vi las mil combinaciones
de que es susceptible el uso
de paraguas y bastones.
Vi un bastón en un rincón
y me dijo el horterilla
que podía aquel bastón
convertirse en una silla.
Al ver que yo me asombré
fué y me dijo el bastonero:
—¿Y de esto se asombra usté?
Pues mire usté, caballero,
no son exageraciones;
va usté á ver si hay variedad
en paraguas y bastones
de notoria utilidad.
Tres hay en esta vitrina,
¿ve usté? El paraguas-bastón,
el paraguas-carabina
y el paraguas-biberón.
En bastones complicados
tengo yo más que cualquiera,
con sus resortes guardados
en el puño y la contera.
Hay bastón para mirar
los astros, bastón-florete,
bastón-caña de pescar
y hasta bastón-clarinete.
El que ha de obtener más fama
es aquel que está en el centro.
—¿Por qué?
—Porque es bastón-cama.
—¿Y el colchón?
—Lo lleva dentro.
—¿No hay bastón-chocolatera?
—Puede hacerse á la medida.
—¡Caracoles! ¡Qué manera
de simplificar la vida!
—Ya el bastón es un recurso
necesario.
—¿No ha de ser?
¡Qué cosas con el trascurso
del tiempo vamos á ver!
En cualquier bastonería
quien los quiera encontrará
bastones de fantasía
que digan papá y mamá.
Y aun habrá quien llegue á ser
hombre feliz de este modo:
comprando un bastón-mujer
que le sirva para todo.

Juan Pérez Zúñiga.

*

Menudencias.

Lo que gasté contigo no me pesa,
puesto que lo que quise he conseguido
y lo recobraré, si me interesa...
¡En cambio tú, Teresa,
no puedes recobrar lo que has perdido!

—

¡Qué desgraciadita es Bruna!
¿Pues no se queda á diario
diez ó doce veces viuda?

—

Yo te aconsejo, María,
que te tomes la molestia
de aprender ortografía,
porque en vez de *se vestía*
me escribiste ayer ¡sé bestia!

—

Digo que eres muy buena, Filomena,
pero no digo para qué eres buena.

—

Aunque á tu mujer cortejo
ni te asustes ni te ofendas,
que mi intención es casarme
en seguida que te mueras.

Federico Canalejas.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012

La fiesta del trabajo.

—Con too el mundo pués hacer propaganda menos con los dependientes de las tiendas de vinos, ¿sabes? Porque si ellos cierran también el 1.º de Mayo, ¿ande vamos á dir los demás á solenizar la fiesta?

—El caso es que Pablito va siempre en primera y á mí la Asociación me paga una tercera y gracias. Y lo que es á pedricar... ¡A pedricar no me ganan á mí ni él ni el padre Cardona!

—Debemos hacer lo que el año pasao. Venir aquí á pasear pa codearnos con los burgueses.

—¡Anda, Dios! ¡Si yo vengo toas las noches! Y por cierto que suele haber por aquí unas morenas mu graciosas que le llaman á uno.

—Bueno, y ahora que me han dao el destino de cinco mil reales en el Matadero, ¿con qué cara me presento yo á pedir ocho horas de trabajo?

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012

Cosas.

—

Tu madre, que te adora,
aun cree en tu virtud. ¡Pobre señora!...
¡Creer en tu virtud! Mas no es extraño
que viva presa en tan profundo engaño
quien durante veinte años ha creído
en la fidelidad de su marido.

—

Cuando hubo hecho á la mujer,
exclamó Dios: «¡Pobre Adán,
ya tienes que ser honrado
si has de vivir sin pecar!»

—

Tu padre presta al *noventa*,
tú das el amor de balde,
y sin embargo, resultas
tú más cara que tu padre.

—

En las negras pupilas de tus ojos
vive toda la luz de mi esperanza,
y en el dulce calor de tu sonrisa
todo el calor que necesita mi alma.
Para mí eres la dicha, la ventura,
la fe, la gloria, el porvenir, la fama...
¡todo!... ¡Y eres mujer!... ¡Y aun hay quien dice
que es juego propio sólo de la infancia
eso de hacer castillos con los frágiles
naipes de una baraja!

—

—¡Pero has visto ese Pascual!...
¡No hay atrevimiento igual!
Crítico se quiere hacer.
—¿Y qué?
—¡Que es un animal!
—Pues por eso es natural
que el hombre lo quiera ser.

—

Yo pregunto, aunque me llamen
por hacerlo heterodoxo:
existiendo la mujer,
¿para qué sirve el demonio?

—

Dicen que no tienes alma.
Para lo que yo te quiero
maldito si te hace falta.

Joaquín Dicenta.

¡A LO QUE ESTAMOS!

—

Como era Mariquita
la mejor moza
que había en quince leguas
á la redonda,
y eran sus ojos negros
como las moras
y sus mejillas frescas
como dos rosas,
los mozos casaderos
á todas horas
la abrumaban con flores
y con lisonjas;
á su puerta, de noche,
cantaban coplas
y armaban por su culpa
sendas camorras.
Y aunque ella daba oídos
á tales bromas,
porque eso del floreo
les gusta á todas,
se mostraba con todos
muy desdeñosa,
pues la chica dudaba
que en toda Europa
hubiese un hombre digno
de su persona.
Por fin, un propietario
de Zaragoza,
que, según se decía,
nadaba en onzas,
se prendó de Maruja,
le habló de boda,
cosa que á las mujeres
les sabe á gloria;
y como el tal lucía
muy buena ropa
y tenía una labia
maravillosa,
labia que á la más cuerda
volvía loca,
le aceptó la muchacha,
que no era tonta,
sólo por darse tono
de gran señora.

—

Cuando sólo faltaban
dos ó tres horas
para que celebrasen
la ceremonia,
la muerte, que á hacer daño
siempre está pronta,
descargó su guadaña
sobre la novia.
Ante aquella desgracia
tan espantosa,
la madre de Maruja
se aflige y llora,
y, presa de terrible
mortal congoja,
exclama, dando al viento
sus quejas hondas:
¡Qué hija me ha dado el cielo!
¡Qué hija más boba!
¡Morirse... ahora que hacía
tan buena boda!

Manuel Soriano.

MONÓLOGO DRAMÁTICO

—Voy recorriendo calles
con este abrigo
que he encontrado en mi percha,
pero no es mío,
por ver si lo conoce
cualquier amigo,
y al que lo reconozca...
¡le pego un tiro!

La cocina literaria.

—

ARTÍCULO SUSTANCIOSO

Todas esas monomanías que tanto preocupan hoy, ver el color de las notas y de las palabras, oir la melodía de un perfume, y otras por el estilo, no son tan curiosas y complicadas como la que padece un pobre hombre á quien conocí hace poco. La primera vez que hablamos, como se tratara de cierto escritor y yo dijese de una de sus obras: «Es un buñuelo», él me miró fijamente, sorprendido, y con aire de triunfo exclamó:

—Supongo que no será usted de los que aceptan comparaciones como la que acabo de oírle, y luego se burlan porque trato de desarrollar el mismo orden de ídeas, de ampliar el sistema, sosteniendo que el manual de literatura del porvenir será aquel que tenga por base y guía un libro de cocina.

Yo miré con inquietud á aquel hombre enjuto, pequeño, de rostro desencajado, que agitaba las descarnadas manos con movimientos bruscos y angulosos; pero él, sin advertírlo, continuó hablando con prodigiosa verbosidad:

—Yo parto de un principio. Si hay leyes para la alimentación del estómago, preceptos para no fatigarlo, combinaciones que permiten á un tiempo respetar las exigencias de la higiene y procurar placer al paladar, ¿por qué no ha de haberlos también para la nutrición del cerebro que, al fin y al cabo, es un órgano que absorbe, digiere y elimina, como aquél? Si se ha hecho un estudio detenido de la mezcla de alimentos y de la sucesión de los platos en las comidas, ¿por qué no hemos de hacer lo mismo con los libros? Así evitaríamos los trastornos que observamos á cada paso. El que por falta de método se nutre á un tiempo de estudios diversos, viene á ser un dispéptico; el que se atiborra de ciencia sin orden ni tasa, se asemeja al

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012

apoplético. Sentadas estas premisas irrefutables, verdaderos axiomas, yo comienzo por clasificar las obras—como si dijésemos, los platos—de una manera adecuada. Para mí, Cervantes es el plato clásico nacional, la olla podrida.

—Pero, hombre...

—Sí, ya sé que se extrañará usted al principio; esto sorprende á primera vista. Y, sin embargo, yo no soy el creador, propiamente dicho, más que de la teoría, pues la *cosa*, como todas las grandes ideas, estaba en el aire: Cavia escribiendo «Salpicón» y el «Plato del día» en *El Liberal;* Pereda, «El *sabor* de la tierruca»; Picón, «Dulce y sabrosa»; Echegaray, «El hijo *de carne*», fíjese usted, y Sellés, «Las esculturas» de carne también, son los síntomas inconscientes, pero reveladores. Hasta la misma Academia ¿no ha tomado por lema un puchero al fuego?

—Usted cree...—murmuré tímidamente.

—Aquí no se trata de creer, sino de ver. Pues decía que así como Cervantes...

Y por ahí continuó clasificando todos los grandes hombres de nuestra literatura, sin detenerse, como en un vértigo, y cuando hizo una breve pausa que yo creí el fin de la extraña teoría, comenzó de nuevo, con más vehemencia aún:

—Hecha la división, que no es floja tarea, comienza el estudio de la manera de aplicarla. De paso le haré observar á usted que, en principio, estoy por la comida genuinamente española, no porque deje de reconocer en Dante unos macarrones excelentes y en Alfieri un magnífico *rissotto;* en Shakespeare, un *roatsbeaf* delicioso, y en Hugo una exquisita *suprême de volaille* (de águila, si usted quiere); pero creo que debemos ocuparnos ante todo de nosotros mismos, y por eso sólo admito del extranjero los vinos. Del Rhin, Gœthe es el Joannisberg, y Heine un Steimberg-cabinet; el Tokay es Petœfi, etc. En general, prefiero los vinos franceses como más apropiados á nuestro paladar: como Bordeaux, el Château-Daudet y el Haut-Goncourt; entre los Bourgogne, Dumas-supérieur y Clos-Bourget, y respecto á Champagne, Aurélien Scholl *(Extra dry quality)*, Mendès *(carte verte)* y Rochefort, carte rouge *(very dry)*. En España tenemos pocos licores, pero algunos de primera calidad, como el *Benedictine* Menéndez Pelayo, y el *Amer* Picón.

En el *menu* evito en lo posible los platos pesados: discursos académicos, memorias, prólogos, y prescindo en absoluto de otros nocivos: congrios, percebes, conservas en *lata*, etc.

Como tenemos pocos platos modernos de resistencia, es difícil conseguir un buen *menu*. Mire usted, aquí tengo el último que he combinado. Y me extendió una rica vitela, que contenía, impreso, lo siguiente:

MENU

DE LA COMIDA DEL DÍA.....

Sopa purée á la Reina
GRILO.

Hígado con salsa picante
MANUEL DEL PALACIO.

Gratin de alondras
CAMPOAMOR.

Pavo trufado
FABIÉ.

Ensalada rusa
PARDO BAZÁN.

Omelette soufiée
CASTELAR.

Gâteau Mi-país
BLASCO.

Palais de dames
ASMODEO-MONTECRISTO.

Petit fours
LOS DE LA COMEDIA.

Mientras yo leía, él hablaba, hablaba sin cesar, sacudido por contracciones nerviosas y mirándome con ojos de iluminado. Al fin, viendo que yo tomaba el sombrero para marcharme, me dijo á *guiso* de despedida:

—Sí, tenga usted confianza: todas las grandes obras y las ideas geniales han nacido de la bucólica. Recuerde usted el huevo de Colón y la manzana de Newton. Un puchero sugirió la aplicación del vapor. Por eso, quizás, los que intentan realizar la revolución social han escogido como medio de propaganda la marmita.

Y con tono profético exclamó:

—¡Yo seré el Brillat-Savarin de la literatura!

***

Dos días después, recibí una esquela suya: «Si quiere usted hacerme el honor de aceptar un almuerzo (literario) popular—me decía,—venga usted mañana á la una». Yo no había hecho caso de la invitación, ni pensaba acudir á la cita; pero á la hora señalada vino á buscarme mi anfitrión y me *condujo* á su casa. En el comedor, sobre el trinchero, aparecía un centro de mesa con «Un drama nuevo», «El gran galeoto» y «La visión de Fray Martín»; en los fruteros novelas de Galdós, Valera, Picón, etc. El símbolo se comprendía fácilmente.

—Pero ¿qué significan estos libros esparcidos sobre el mármol, Clarín, Fray Candil?...

—Son los trinchantes.

—¿Y ese volumen de Vital Aza?

—Es el salero.

En la mesa, sobre un mantel hecho de periódicos en los que había artículos de Burel, Mellado, Ferreras, Moya, etc., junto á las servilletas, que eran hojas del Diccionario de la Academia, veíanse otros libros, cuya aplicación estaba explicada en el *menú*. Después de los *ordubres* (sic) se leía: callos, Ricardo de la Vega, Javier de Burgos, y otros varios *platos* cuya lista concluía con un vino López Silva (peleón).

Yo aproveché un momento en que el dueño de la casa fué á buscar los postres á la biblioteca (la despensa, como él la llama) para tomar la puerta, y desde entonces no le he vuelto á ver; pero creo que en su chifladura, como en muchas, hay algo que tener en cuenta. Unas clasificaciones son imperfectas, otras verdaderamente injustas; mas hay que convenir en que una acertada aplicación culinaria evitaría muchas indigestiones, proporcionando, en cambio, deliciosos banquetes.

Recomiendo, pues, al lector, para cuando lo publique mi amigo, «El perfecto cocinero literario de las familias».

Ezequiel García Enseñat.

*

AL DISTINGUIDO ESCRITOR

D. CALIXTO NAVARRO

Muchas gracias, *paisanico*,
paisanico, muchas gracias;
nos ha hecho mucha *almonía*
la lectura de su carta
y le agradecemos mucho
sus piropos y alabanzas,
que, aunque son inmerecidos,
la *intinción* es *güena* y basta.
Atontadicos estamos
con esto de la paisana:
¡quién lo había de *dicir!*
¡*Miaque* ha sido cosa rara!
Porque... ¿qué era «La Dolores?»
Pues una chica *mu* guapa,
pero con unas costumbres
mu feas, según la fama.
Así vivió mucho tiempo,
hasta que por obra y gracia
de Feliú y de don Tomás
se ha hecho una mujer honrada,
honesta, *dizna,* decente,
con un corazón que encanta
y que ya no *hace favores*
por más que siga tan guapa.
¡No *himos* de estar *contenticos*,
rediós!... Qué, ¿es cosa de nada
el poder *dicir* á muchos
que en el tren suben y bajan,
y por *hacesé chocantes*
dicen *dende* la ventana:
—¿En dónde está la Dolores?
¿Dónde está esa chica guapa?
—¿*Aónde* va estar, *morrazos?*
Ande hace *muchisma* falta?
Se nos ha *marchao pu el* mundo
con la cara levantada
pa hacer ver á más de cuatro
que no es *nenguna pistraca*
y que todo lo que *icían*
no eran más que *levantanzas;*
así *nengún arguellau*
le hará la *bulra* y la chanza.
(Con un *rojiazo* como éste
no rechista ni palabra
nengún mainatillo de esos
que en el tren suben y bajan.)
Estas y otras muchas cosas
que le diría en mi carta,
si no tuviese el temor
de que resultase larga,
nos *empentan*, don Calixto,
á querer con toda el alma
á quien sacó á la Dolores
del *tarquín* en que se hallaba,
haciéndola una *rial* moza
y poniéndola tan alta
que hoy la miran con respeto
muchos que la *dispreciaban.*
Por eso, sentimos mucho
que los malos tiempos que andan
nos *empidan* que á Bretón
le *enderecemos* la *estáuta.*
Por eso, pues, le *enviemos*
los *biscochos* y la carta,
que aquí seremos *bruticos*,
pero *ingratones*, ni *miaja.*
Reciba usted el saludo
de este pueblo que se llama
Calatayud, y fué cuna
de la Dolores la guapa,
y en nombre de los firmantes
de la *epistola matraca*,
el más humilde de todos
le dice con *toa* su alma:
Muchas gracias, *paisanico*,
paisanico, muchas gracias.

Sixto Celorrio.

Calatayud 17 Abril 95.

*

CHISMES Y CUENTOS.

Va á hacer un mes que no se hace otra cosa en España que celebrar *solemnes* honras fúnebres por las almas de los desgraciados tripulantes del *Reina Regente.*

Pagándolas, por supuesto.

¿No sería mejor que rezáramos cada uno en nuestra casa, y con lo que han costado las misas hubiéramos hecho otro barco... que no se hundiera tan fácilmente?

Y conste que estoy dispuesto á retirar esta opinión si á los Indignos esclavos del Sagrado Corazón les parece herética.

La política tiene muchos lances desagradables, pero proporciona de vez en cuando vivísimas satisfacciones.

Pongo por ejemplo:

«No es exacto que el Sr. Silvela piense hacer por ahora un viaje á Barcelona. Probablemente irá á la capital del principado después de las elecciones municipales.»

Y hé aquí que todas las *fuerzas vivas* de la Nación atravesaban una crisis tremenda hasta saber cuándo y cómo iría el Sr. Silvela á Barcelona; y ahora, sabiendo que probablemente lo hará cuando pasen las elecciones, pueden y deben tranquilizarse los ánimos.

Porque otras cosas no tendrán transcendencia de ninguna clase, pero el viaje del Sr. Silvela... ¡oh! no quiero pensar cómo estaría la Nación á estas horas sin saber á qué atenerse.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012

Leo:

«Á la función celebrada anoche por la compañía italiana del Teatro de la Comedia acudió mucha mayor concurrencia que de costumbre, atraída por lo selecto del espectáculo.»

Fíjense ustedes; *mucha mayor concurrencia, selecto* espectáculo...¦

«Se cantaron las zarzuelas *Música clásica, La leyenda del monje* y *El dúo de la Africana.*»

Me choca que asistiera más gente que de ordinario y que los periódicos llamen á la función *selecta.*

Porque todo eso es un ¡puch! género chico.

Un beso de despedida
á Antonio le dió Loreto,
y desde entonces Antonio
¡siempre se está despidiendo!

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.

Algunos periódicos se enfadan, ó fingen que se enfadan, porque al comandante de la *Nautilus*, que ha dado la vuelta al mundo y además ha escrito un libro con las impresiones del viaje, no le ha concedido el Gobierno más que la cruz sencilla de Carlos III.

Consuélense mis apreciables colegas.

Porque hay quien se bate en Lepanto y después escribe el *Quijote*, y se muere de ciudadano simple.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. R. B.—Un millón de gracias por todo y acepto con reconocimiento profundo.

Castizo.—Y dale, molino; no salgamos de las majaderías dedicadas al ángel de nuestros ensueños.

Pesqui.—¿Quiere usted creerme? Siente usted plaza para Cuba. Así logrará usted dos objetos: ser útil á la patria y no tener tiempo para hacer seguidillas asonantadas de las que hacen daño al oído.

Sr. D. R. M. y R.—Tampoco hay ninguna aprovechable *todavía.* Son vulgares y anodinas todas.

Rengífero.—Ya daría algo bueno la *Parca* por ser consonante de *atasca.* Pero ¡ay! ni eso ni el honor se compran por dinero.

Oixia.—El verso

«Cada cual en su casa y Dios en la de todos»

está vestido de máscara y no se le conoce. Como que todo el mundo le dice: ¡Tú eres prosa!

¡Pumba!—¿De veras quiere usted saber mi opinión sincera y leal? Pues... versifica usted muy medianamente.

Bruno el del betún.—Sí, señor; es de mi agrado y voy á publicar aunque no sea más que el principio. Alla va:

«Cuando mi novia estuvo
¡ahí! ¡ahí! enferma
tuvieron que cortarla
¡ahí! ¡ahí! una pierna.»

¡Ahí, ahí le duele, en la pierna!... y se queja usted con hache para inspirar más lástima.

Rosalía.—Por Dios, señora, no diga usted esas picardías, que me pongo encendido y *émulo de la grana.*

Parroca.—¿Sabe usted lo que consigue con esos desplantes anticristianos? Que se le lleven todos los demonios, no por los desplantes, sino por no entender jota de endecasílabos.

Sr. D. M. A.—Tengo vagas reminiscencias del romance que cita, pero tampoco puedo asegurarle á usted cómo se llamaba el almanaque.

Soldan.—Es la primera vez que oigo que el sol «se levanta refulgente por las cumbres de Occidente». Verdad es que cada día se aprende una cosa.

Gacela.—¡Sí, gacela! Es usted muy amable consigo mismo, porque la oreja que enseña usted en el soneto no es de gacela precisamente.

Sr. D. A. S. C.—En mi opinión, debe usted dedicarse casi exclusivamente á hacer *humoradas.* El género es difícil, pero usted lo entiende, si no como el primero, como el segundo. Y el toque está en eso, en cultivar las disposiciones especiales de cada uno.

Trueno gordo.—¡Antes morir sin confesión que escribir ovillejos!

El profesor.—¿De qué? De bandurria y guitarra no será, porque para eso hace falta oído, y el hombre que cree que nueve sílabas son ocho... es un poco teniente.

Lui-lui 2.º—La idea *madre* peca de vulgaridad manifiesta, sin que la forma tenga la novedad suficiente.

Sr. D. E. R.—También es vulgar. Lo del *amor taladre* resulta un ripio de los de mayor cuantía, es decir, de los que pueden llamarse clásicos.

Cascollote.—Á poco más sale usted diciendo *chacha* y *tata*, como los niños chiquitines.

Ruiz.—Un Ruiz de los que no tendrán estatua. Ó no la merecerán por lo menos.

Alpha. En esas cosas del amor hay que andar con mucho cuidado. Porque á lo mejor se le sube á uno la sangre á la cabeza y dice atrocidades. ¡Mire usted que el finalito ése es guindilla pura!

P. Dancio.—Poco me altera... ¡No! no puedo seguir con el epigrama conocido. Porque sí me altera ese modo de asonantar lo que no se debe. Pero ¿de qué diablos tienen ustedes el tímpano, que no le hace daño nada?

El niño de la Coba.—¡Vaya por Dios! ¡Otra imitación de López Silva. Comprenda usted que para que se hagan notar las imitaciones deben superar al original. Y si no... ni agua.

Tostón 3.º—Más vale que no sea usted chica bonita, porque con ese candor tan grande le iba á engañar á usted cualquier pícaro.

Sr. D. P. J. V.– Muy señor mío y de mi mayor aprecio: Esta sirve para decirle á usted que, por la Virgen de los Desamparados, se dedique usted á otra cosa.

El mayor de los Pisones.—No; si lo malo no es precisamente que sea serio el asunto, sino que ese género de seriedad es de los que no pasan en ninguna parte.

Sr. D. A. L. V.—Sí, señor, y Dios nos coga confesados en nuestra última hora.

Pastelero.—¿Que si tiene usted condiciones de poeta? Puede que sí, pero le pasa á usted lo que al borrico del gitano, que sabía leer, pero no pronunciaba.

Fantina.—Señora... (porque usted es señora indudablemente) siento tanto no poder complacerla, pero eso y no decir nada viene á ser lo mismo.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS
MARCA REGISTRADA
TRADE MARK
JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, **15 céntimos.**—Idem atrasado, **50.**
A corresponsales y vendedores, **10 céntimos** número.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, **D. Luis Cambray**, calle Rivadabia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1895.—IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.—Teléfono núm. 934.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte 2012